

era la primera criatura, la más digna, la única creada directamente por Dios, pero criatura al fin y al cabo” (p. 131). La respuesta al arrianismo se elabora en lo principal en el Concilio de Nicea (325 dC), que afirma la consustancialidad del Padre y del Hijo, de modo que el Hijo puede ser llamado propiamente “Dios verdadero de Dios verdadero”.

El capítulo octavo aborda un tema diferente, a saber, el modo que adopta la controversia teológica, a menudo sembrada de discordia y acidez (sobre todo en el contexto de la áspera polémica entre arrianos y niceanos que atravesó el siglo IV y siguientes). Hilario de Poitiers ofrece una guía para moderar el debate y reconducirlo hacia los contenidos propios de la fe. Las recomendaciones de Hilario acerca del modo de hacer teología y el método para considerar las controversias tienen una evidente y notoria actualidad.

En los capítulos finales se examinan las controversias posteriores a Nicea, todas ellas centradas en resaltar la humanidad de Jesús que quedó ligeramente desmejorada en la definición de la consustancialidad del Padre y del Hijo. ¿Tenía Jesús un alma humana? (capítulo nueve) ¿Puede decirse que María es la madre de Dios? (capítulo diez) ¿Cómo pueden convivir dos voluntades en Cristo, la divina y la humana? (capítulo once y final).

En las conclusiones se dibuja el elemento central de la controversia cristológica: la dificultad de aceptar la radical novedad del cristianismo, a saber, la compatibilidad de lo divino y de lo humano, es decir, el misterio de la encarnación que reconcilia definitivamente estas dos

realidades. La reticencia para aceptar la plena divinidad de Cristo (sobre todo el arrianismo, que pudo alguna vez definir el dogma cristiano), y la igual o más denodada dificultad para aceptar la humanidad integral del Hijo de Dios son todavía dilemas que enfrentamos todos quienes creemos en Jesucristo. Pareciera que nuestras definiciones cristológicas, es decir, nuestras maneras de comprender y vivir en Cristo Jesús son claras y seguras, ¿pero realmente lo son?

Eduardo Valenzuela C.

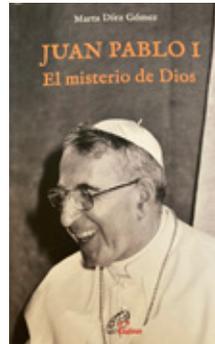
Juan Pablo I. El Misterio de Dios

Marta Díez Gómez

Ed. Paulinas

Madrid, 2015

154 págs.



Desde un estante escondido en una gran librería una sonrisa contagiosa ilumina un rostro conocido que mira con cariño a alguien, ya es Papa, está de blanco. El título del libro es sugerente, *Juan Pablo I. El Misterio de Dios*. Las primeras líneas de la contratapa lo son más: “¿Cómo solo en 33

días pudo aquel sencillo Papa Juan Pablo I exteriorizar su posición y sus proyectos ecuménicos? ¿Qué lleva en su corazón? ¿Qué bullía en su espíritu?”.

El propósito inicial de la autora, Marta Díez Gómez, fue responder esta interrogante. Pronto se da cuenta de que no es posible sin adentrarse en la vida de Albino Luciani, y lo hace a través de sus propias palabras: escritos y alocuciones —claras y concretas—, testimonio de familiares, de amigos y también visitando su tierra. Conociendo su pueblo natal, la región del Véneto donde transcurre su infancia, sus estudios y buena parte de su ministerio sacerdotal y episcopal, se pueden ir descubriendo muchas de las motivaciones de su vida. Las circunstancias de su nacimiento, la relación con sus padres y hermanos, sus enfermedades. Todo va configurando su mirada frente a las personas y su experiencia de fe.

Desde pequeño se va desarrollando en él una búsqueda sencilla y transparente del Dios de la vida. En cuarto grado escribe : “Señor, tú que lo sabes todo y que todo lo puedes, ayúdame a vivir. Yo soy aún un niño, no tengo estudios, soy pobre, pero quiero conocerte. Ahora sé verdaderamente quién eres, y no sé si te quiero, me gusta el Padre nuestro, me gusta mucho el Ave María, oro por los difuntos y por mis seres queridos. Ayúdame a entender. Soy tu Albino. Amén” (p. 21).

Al conocer su entorno familiar y sus años de escuela, en el acompañamiento de su párroco y el descubrimiento de su vocación, todo habla de su humildad y sencillez, su amor por la lectura y el tratar de sintonizar con diversas reali-

dades humanas. Esto destaca aún más en el Seminario, donde es brillante en sus estudios, y en el cultivo de la amistad, características que lo acompañarán durante toda su vida, lo mismo que su vocación de maestro y catequista. Cercano y claro, sabe llegar al corazón de sus alumnos.

Vivió profundamente las circunstancias de su tiempo, la pobreza cuando niño, la guerra y la incertidumbre, los cambios en la Iglesia —su relación con el Papa Juan XXIII, Pablo VI, obispos y sacerdotes que influyen en su convicción de ser una Iglesia cercana y sencilla—. Esto desconcierta a algunos que no comprenden esta dimensión asociada a las características de un obispo, cardenal, patriarca, Papa... Hay críticas hacia su persona. Con el Vaticano II en su corazón trató de hacerlo vida estudiando con detención y en profundidad los documentos conclusivos y los aportes de autores de distintas vertientes dentro de la Iglesia. “Descubría —comentó más tarde— en los rostros, en las lenguas, en el Espíritu, casi físicamente, la universalidad de la Iglesia, la fuerza y la presencia del Espíritu Santo. Mi alma se abría a nuevas ideas, a nuevos pensamientos, a propósitos más fuertes de fe y de amor” (p. 75).

Convencido de la urgencia en buscar y propiciar la unión entre todos los cristianos, entre todos los hombres, no duda en propiciar caminos de acogida, entendimiento y de perdón a través de las distintas etapas de su vida, pero aun con más fuerza después de la experiencia conciliar. Ya electo Papa expresa: “Todos los caminos del diálogo

ecuménico van a ser largos y difíciles e implican riesgos. Buscar la unidad en Cristo quiere decir también buscar la unidad con el hombre. El reto abarca los siglos, los pueblos, las iglesias hermanas y la historia. Queremos la unidad, trabajamos por la unidad, ofrecemos nuestra vida por la unidad y la plena comunión de los cristianos...” (p. 125).

Un pequeño gran libro que parte de una pregunta y se transforma en luz sobre un hombre, antes que nada sacerdote, como él mismo lo repetía, que fue puente de acogida y encuentro para muchos. Un relato aparentemente sencillo, directo, que nos adentra en el “misterio de Dios” en las distintas etapas de la vida de Albino-Juan Pablo I, en sus 33 días de pontificado y en su muerte.

“El Señor ha hecho de mi vida todo lo que ha querido”, era su convicción y su sencilla entrega cotidiana como hombre de profunda oración. “Cuando hablo con Dios y con la Virgen María más que adulto prefiero sentirme niño. La mitra, el solideo, el anillo desaparecen: mando de vacaciones al adulto y también al obispo, para abandonarme a la ternura espontánea que tiene un niño delante de su papá y su mamá” (p. 7). Su sonrisa fue para muchos la sonrisa de Dios, su humildad su sello.

La beatificación de Albino Luciani, Papa Juan Pablo I, fue el 4 de septiembre. En estos tiempos de sinodalidad, del “Caminar juntos” impulsado por el Papa Francisco, su persona y su vida son un fuerte testimonio.

Pilar Escudero P.